

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

# LA IMAGINACIÓN Y LAS PASIONES COMO CAUSAS DE ENFERMEDADES

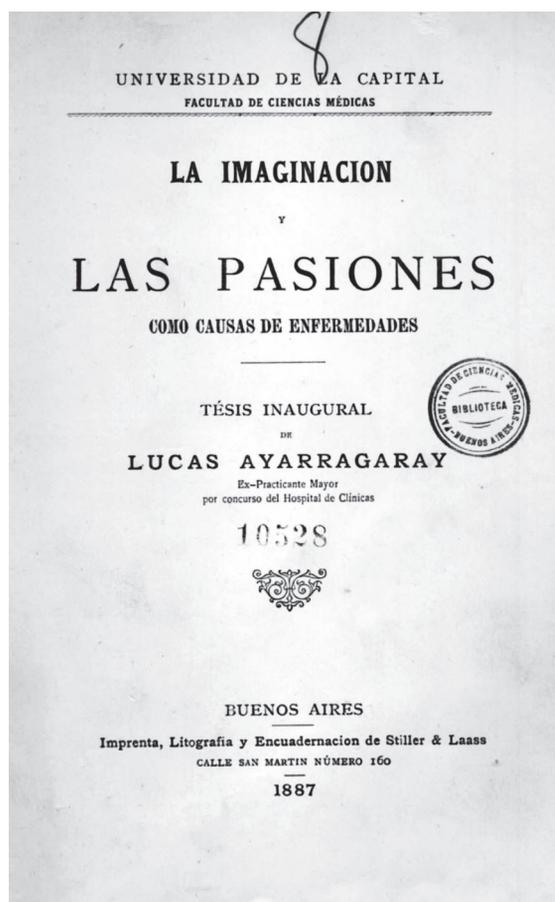
Tesis  
de  
**LUCAS AYARRAGARAY**

Padrino de la Tesis

**Doctor Don MANUEL ARAUZ**

**1887**

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE STILLER LAAS, SAN MARTÍN 160



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Vamos a tratar de las modificaciones que sufre el ser físico en presencia de los cambios que se producen en el ser moral. Pero antes de entrar en materia deseamos deslindar algunas de sus modalidades para apreciar mejor los trastornos que originan.

El hombre con sus facultades en un justo medio, es un ser ficticio y apenas concebible. Peca siempre por exceso en el sentido de la abundancia o la carencia. El desequilibrio parece una necesidad impuesta tanto a la naturaleza moral como a la naturaleza física para favorecer por esa causa el movimiento de la vida que en el caso contrario no encontraría en sí, sollicitaciones suficientes para su actividad.

Al lado de una facultad esplendorosamente desarrollada se encuentran siempre grandes vacíos, y esquemáticamente podríamos imaginarnos el cerebro como un terreno accidentado donde se ve el valle al pie de la colina. Con razón se ha dicho que solo existen genios parciales.

De semejante desequilibrio de espíritu nacen las tendencias geniales, los impulsos intemperantes que, una vez pronunciados, exaltan los deseos hasta la ambición, el desasosiego hasta el temor, el desagrado hasta la cólera, y el instinto hasta la brutalidad.

Estos sacudimientos morales no pueden quedar circunscriptos a la esfera intelectual; ellos salvan esos lími-

tes, repercuten por todo el cuerpo, aún en sus departamentos más lejanos, y el organismo todo, según una feliz expresión, se convierte en un instrumento psíquico.

Combates son estos que constituyen por entero la historia de la vida humana y desde muy antiguo se ha comprendido así cuando se ha dicho: *Militia est vita hominis super terram*<sup>1</sup>.

Las inquietudes que aquejan la vida moderna por las exigencias que ha creado el progreso en el cumplimiento del destino individual y colectivo, producen día a día una verdadera desvinculación entre el sistema nervioso y demás aparatos de la economía, por la recíproca de aquella conocida ley fisiológica que augura la atrofia para el órgano que no funciona. Es excesivo por demás el trabajo del primero agobiado por el peso de mil preocupaciones y estímulos que lo inducen a desplegar una actividad casi mórbida.

Asombra el incremento que han tomado en la edad presente, la parálisis general, la histeria, la manía del suicidio, la hipocondría y otras manifestaciones, por las cuales se revelan los trastornos que estudiamos. Existencias numerosas hay que se consumen por falta de tranquilidad y de contento, por verdaderas hemorragias de sensibilidad.

Estas influencias devastadoras se ejercitan sobre todo en las altas clases sociales, en individuos perseguidos por la calumnia, la ambición o preocupados por la realización de un alto ideal.

Si siempre fuera dado levantar el velo que ocultan las decepciones que se guardan, los rencores que se concentran, las envidias que desesperan, se tendría el hilo de muchas afecciones crónicas, incurables, que minan paulatinamente organismos admirablemente dotados.

¡Cuántos hombres se ven en el mundo, de aspecto enfermizo, pálidos, enclenques y envejecidos antes de tiempo, que conservan en sus fisonomías huellas profundas labradas por el dolor, la desesperación o la tristeza!

Las personas muy dadas a los trabajos intelectuales, a la composición literaria, o que actúan de los primeros en las luchas violentas de la política, pocas veces ofrecen una salud floreciente, y se recuerda al contemplarlos la expresión del personaje de una tragedia clásica que exclama en casos semejantes: « El piensa demasiado ».

A nadie se oculta, y es de observación diaria, el hecho de la disminución de la absorción y asimilación en los ánimos tristes. La melancolía y las pasiones depresivas hacen el papel de verdaderos expropiativos, porque detienen los procesos nutritivos y hasta ciegan las fuentes de la vida. Hay personas de carácter en extremo sensibles y que reaccionan con violencia a los estímulos recibidos, que una impresión moral deprimente y que persiste por algún tiempo, deja surcos indelebles en su ser. Se ponen apáticas y débiles, el corazón late con desaliento manifiesto, los alimentos permanecen largo tiempo en

el estómago, las digestiones son tardías, las secreciones disminuyen, el calor animal desciende como en algunos alienados melancólicos, y el tejido grasoso se funde poco a poco hasta producir la demacración.

Sucede lo contrario en las personas de carácter alegre y franco que se escudan en él para soportar con abnegación los reveses de fortuna. Gozan de una envidiable plenitud funcional y atraen por la vivacidad de la mirada y la energía de su naturaleza.

En los alienados, cuando el anonadamiento intelectual llega a su maximum y el espíritu se oculta en las sombras de la brutalidad animal, las funciones sin sufrir ya sus inquietudes, se desenvuelven con una lozanía juvenil.

Los ciegos que viven sumidos en abstracciones melancólicas, que no reciben por sus ojos las impresiones variadas y bonancibles de la naturaleza, y que con frecuencia se entregan a un examen analítico de su pasado y de su porvenir, languidecen y se degradan físicamente como la planta encerrada en un gabinete sin recibir la influencia vivificante de la luz.

Las distintas modalidades del espíritu constituyen, pues, para el organismo el medio interno, la atmósfera moral que le impregna y le transforma, y que como las condiciones atmosféricas externas actúan por fuerzas vivas o inmanentes.

Todo cambio de clima produce en el cuerpo desórdenes diversos que se suceden hasta darle la aptitud necesaria de resistencia; los cambios del espíritu ejercitan influencias análogas.

Posible es que dándose cuenta de la simpatía que existe entre el ser moral y material, dijera un filósofo que era el hombre el autor de casi todas sus enfermedades.

De manera que las impresiones vengan de fuera o dentro a despertar ideas en el *sensorium*, se reflejan inmediatamente por las vías nerviosas, y el organismo todo asiste y ayuda a la concepción por fenómenos múltiples recibiendo sus efectos tónicos o depresivos.

Estos hechos curiosos no han escapado a la observación, y pocas ideas han sido tan extendidas en la masa del vulgo y los literatos para servir de tema a leyendas y romances, y en esta como en muchas otras materias, el instinto popular se ha adelantado a la investigación científica. Tampoco para los antiguos habían pasado desapercibidos estos fenómenos, que quizás exageraban. Ellos creían que el predominio del bazo, del hígado, del corazón, hacían los caracteres joviales, irascibles o tiernos.

En nuestros días ningún médico ¡lustrado, ningún clínico, niega la influencia de las emociones, y las miserias morales se buscan con especial cuidado en el interrogatorio de los enfermos para deducir el diagnóstico e instituir el tratamiento.

Si penetramos aún más a fondo estas cuestiones, veremos que no hay nada de fatal o preestablecido, por-

1- N. del E.: *Militia est vita hominis super terram* (La vida del hombre sobre la tierra es lucha). Esta frase es parte del primer versículo del capítulo 7 del Libro de Job, en la versión bíblica conocida como Vulgata; traducción de la Biblia hebrea y griega al latín, realizada a finales del siglo IV, (en el 382 d.C.) por Jerónimo de Estridón. La versión toma su nombre de la frase *vulgata editio* (edición divulgada), y se escribió en un latín corriente en contraposición con el latín clásico de Cicerón.

que entro la causa y el efecto está el medio humano que deben atravesar con sus condiciones de herencia, idiosincrasias e inmunidades. Y en estos estudios como en todos los que se refieren a las ciencias especulativas, jamás hará carrera ninguna teoría exclusivista. Muy cierto es que el terror y las emociones tiernas actúan sobre el corazón, la vergüenza sobre los capilares del rostro, la tristeza sobre los órganos digestivos y la secreción lagrimal, pero no es posible aferrarse a estas consecuencias porque el hombre las modifica según su admisibilidad.

En el ejercicio de las distintas profesiones podemos encontrar algunos datos ilustrativos para el asunto que estudiamos.

Madden ha tratado de determinar la longevidad en algunas clases de autores. Coloca a los filósofos en primera línea. Ellos viven generalmente retirados de la lucha humana, entregados a creaciones especulativas y al estudio de las verdades abstractas y rechazan las seducciones peligrosas de las grandezas humanas. Los poetas, aquejados por las inquietudes que producen las aspiraciones hacia una vida superior, deben ser colocados en los extremos últimos de la serie. Los naturalistas suelen llegar a la longevidad bíblica; su inteligencia en comercio continuo con la naturaleza, toma de ella algo de la tranquilidad de un destino preestablecido y el contento que emana de las fuentes de la observación.

Los eclesiásticos con poquísimas atenciones mundanas, solo pagan a la muerte de tarde en tarde su tributo. Los médicos, los abogados, los artistas, son también precariamente dotados de longevidad.

Según Casper alcanzan la edad de 70 años, entre 100, 42 teólogos, 29 abogados, 27 artistas, 25 médicos.

Paulier consigna las cifras abajo apuntadas en una estadística con objeto de averiguar el grado de frecuencia de la enajenación mental en distintas profesiones; 139 por 1000 en las liberales, mientras los militares y marinos arrojan 51 y los comerciantes 50.

No pretendemos limitar al solo juego de las emociones las causas por demás complejas a las cuales se debe atribuir la mortalidad en estos casos, pero no es posible desconocer el inmenso influjo que ellas tienen.

Las influencias morales que han predominado en distintas épocas, han modelado los tipos mórbidos y creado verdaderas constituciones médicas. Así en la Edad Media, cuanto tanto poder tenía la religión en las masas, agobiadas por el peso de los terrores de ultra-tumba, de los maleficios satánicos y otras leyendas semejantes, se veían verdaderas epidemias de poseídos y a los cuales se les trataba por el exorcismo. Los convulsionarios de San Medard y de San Güy y las numerosas apariciones celestes por alucinaciones de diversos sentidos, eran producto de la misma etiología.

Estudios sociológicos de gran interés práctico podrían hacerse en las épocas de grandes convulsiones revolucionarias y en las horas de terror de las tiranías, para investigar el aumento producido en los ataques nerviosos, abortos, enfermedades del estómago y del hígado. Las naturalezas predisuestas por la herencia y el tem-

peramento son sacudidas y violentadas en tales circunstancias, y explican esas aberraciones contra la sociedad, esos extravíos políticos y religiosos y el ensañamiento contra las tradiciones más sagradas y los afectos más santos. Son verdaderos síntomas de estados mórbidos, originados por causas que pesan sobre la colectividad. Es entonces que los espíritus débiles, faltos de equilibrio, y agitados por excesos pasionales y odios políticos, se descarrian y llegan a los límites de la enajenación mental.

El éxtasis, la catalepsia, tan frecuente en la Edad Media, hoy casi se observa exclusivamente en ciertas órdenes religiosas, absorbidas por contemplaciones celestes y divinas.

Ya en Inglaterra se han levantado estadísticas diferenciales sobre el predominio de tal o cual enfermedad entre las numerosas deducciones obtenidas resulta, por ejemplo, que las enfermedades gastrointestinales, son mas frecuentes en las ciudades donde existen universidades y donde hay un mayor número de individuos que se dedican a trabajos intelectuales. Es innegable que la civilización y el progreso a medida que aumentan, hacen la vida mas azarosa y difícil y acrecientan el número de afecciones.

Sin negar las múltiples causas que las engendran, no es posible dudar la gran influencia que las agitaciones del espíritu tienen para originarlas o para predisponer a su adquisición.

No queremos cerrar este capítulo sin hablar antes de la opinión que tenemos de las pasiones, aunque sin entrar por eso en discusiones que no son de nuestro resorte.

Las pasiones, emociones, afectos y otras numerosas fases del alma en la esfera del sentimiento, difíciles son de deslindar, y más difíciles aún de definir, si tenemos en cuenta los numerosos puntos de contacto y las gradaciones insensibles por medio de las cuales evolucionan y se vinculan entre sí.

Si penetramos en la esencia de cada una de ellas, se nota una gran similitud en su textura íntima, puesto que consisten en solicitudes más o menos vivaces, que impulsan la naturaleza hacia actividades exageradas y fuera del orden fisiológico. Es una sacudida impresa a los instintos, es un desorden impetuoso de sentimientos y una exaltación mórbida de las facultades, provocadas por estímulos físicos o psíquicos. Estas impresiones se transmiten a la economía toda siguiendo las vías que les ofrecen los nervios, y poseen el triste privilegio de quebrantar el cuerpo y el alma.

Interminables controversias se han elevado también, con objeto de averiguar el origen de las pasiones. La teoría que tiene mayor fondo de verdad y que mas acorde está con los estudios de la fisiología moderna, es la basada en la necesidad, aviso que dejan oír los órganos para exigir el cumplimiento de su destino. Algunos utopistas al proclamar la supresión de ellas, han probado con ese solo hecho desconocer la naturaleza del hombre, porque las pasiones son los verdaderos motores de la vida. Conducidas por la sabiduría y la prudencia, exaltan las facultades hasta las fronteras del genio y

los afectos hasta el sacrificio de los instintos.

En todo arranque emocional hay una perturbación nerviosa, pero esto no quiere decir que las pasiones estén en el cerebro, en la médula o en el gran simpático.

Ellas están en todas las partes vivientes, aún cuando necesitan como todo acto funcional, de una elaboración nerviosa necesaria para pasar de la virtualidad al hecho.

¿Se localizan en sus resultados? Menos aun. Pues si tal órgano sufre con predilección el choque de tal emoción, suelen a menudo invadir regiones distintas según su clase y su fuerza, según el estado de cada uno de ellos, según la organización que atacan y las conexiones íntimas o indiferentes que unen tal región del centro cerebro-espinal con un órgano dado.

Hay, pues, un cambio continuo de impresiones entre todas las esferas orgánicas y morales, y en el consorcio de la vida el sistema nervioso echa sus redes para salvar los abismos que los filósofos han abierto entre el funcionamiento del espíritu y del cuerpo.

Lástima grande es que estos estudios estén todavía en un periodo embrionario, quizás por la creencia demasiado extendida que solo deben ocupar a los talentos teóricos. Pero las influencias de la parte moral sobre la material, y viceversa, se observan a cada paso, y para probar lo último, a pesar que mucho nos podríamos extender, solo haremos resaltar las modalidades que los temperamentos imprimen al carácter.

El bilioso tiene movimientos rápidos y firmes, busca la fama ruidosa, es juguete de deseos encontrados, colérico y vehemente, despliega una actividad ardorosa cuando le mueve la pasión. El linfático es displicente, frío y calculador; los que poseen el temperamento sanguíneo son joviales, francos y audaces, su concepción es rápida y versátiles en sus cariños. En los nerviosos se encuentran los caracteres impresionables y desiguales. Capaces de una gran actividad, caen pronto en el desaliento. Son más aptos para las altas especulaciones del espíritu que para la perseverancia que exige el trabajo vulgar.

## IDEAS GENERALES

El hombre está constantemente sometido a los estímulos derivados del mundo exterior e interior; su sensibilidad reacciona a todas las influencias físicas y morales, y su organización y su vida siguen el empuje de esas corrientes. Hemos visto ya que el espíritu tiene flujos y reflujos como el mar, y que las funciones se hacen eco de esos trastornos.

No es posible esquivar las acciones recíprocas de los medios, porque la reacción que provocan es el sello de toda existencia. La indiferencia y el mutismo es don de los cuerpos inertes, y solo en las esferas de la vitalidad es donde al estímulo sigue al acto, y todo ser responde a él según la sensibilidad preestablecida.

La fuerza nerviosa se engendra por numerosas fuerzas incidentes. Los contactos mecánicos producen en nosotros sensaciones de presión, de dolor, de frío, de calor, etc. Es decir, nada mas que adiciones o sustracciones de

movimientos moleculares. Estos desórdenes nerviosos periféricos, se transmiten al *sensorium* donde despiertan sensaciones armónicas, son apreciadas o no, y dan resultados a trabajos psíquicos y funcionales. A estos cambios producidos por causas externas y extra vitales hay que aunar los originados por fuerzas internas.

Una vez sentados estas premisas sigamos pues. Las emociones (fuerzas internas) modifican estos diversos órdenes y rompen el equilibrio normal de los factores. El sistema nervioso que ejerce un dominio ilimitado en el organismo, le modifica y trata de adaptarle a su nueva modalidad, y la mayor parte de sus elementos se hacen responsables de sus vaivenes. Los órganos entonces, sacudidos por su influencia y desviados de su estado fisiológico, hacen pasar esos fenómenos nerviosos del estado latente a la manifestación sintomática.

La relación entre los seres vivientes y el medio no puede ser del todo antagónica, y la armonización de ellos es el único estado que asegura la vida.

Y esta palabra medio, lo diremos una vez por todas, no se extiende solamente alas condiciones exteriores, sino también a las internas dimanadas del espíritu.

Conseguida la adaptación por vicisitudes sucesivas cuando la correspondencia se establece entre el ser y el medio, la vida es floreciente o no, según el paralelismo. Así se ha dicho con gran verdad que la plenitud de vida está en relación con la plenitud de correspondencia. Y ella no es perfecta mientras la armonía no lo es. En las grandes perturbaciones pasionales el desquicio orgánico puede verificarse, y aun la muerte, si la irritación operada en el *sensorium* ha sido tan pronunciada, que los órganos no hayan podido darse cuenta de él y armonizar sus funciones con él.

La reacción operada entonces en los centros psíquicos no encuentra materiales de subsistencia; el maridaje funcional rompe los vínculos que constituyen la unidad vital, y el organismo ya no encuentra en sí elementos suficientes para producir el equilibrio en la alta esfera en que se opera la revolución emocional.

Pero estos críticos períodos no llegan siempre a un grado tan insólito; pueden ejercitarse en menor escala y asistir y secundar sus propósitos todas las funciones y responder al estímulo recibido.

Cuando el entusiasmo exalta la imaginación o se traspasan los límites de la vida vulgar, cuando una emoción intensa o el trabajo literario conmueven el alma, se nota elevada la temperatura normal, casi desenfrenado el corazón, late y se agita, la fisonomía toma una expresión vivaz, la mirada brilla y las combustiones aumentan. Es el organismo entero que llamado momentáneamente a un destino superior en la espiritualidad de un acto, se afana por suministrar al cerebro una sangre mas rica, una alimentación mas abundante y una circulación mas rápida. Es la correspondencia cumplida a expensas de todas, las funciones y que acompañan a una concepción elevada.

Diremos, pues, que por una ley fisiológica, estamos formados para la vulgaridad funcional, y siempre que un

estado psíquico ultrapasa los límites normales, la perturbación emocional repercute con violencia en la esfera material, y el exceso de trabajo se manifiesta de mil maneras: ya por una cefalalgia después de la creación intelectual, ya por la hipertrofia del corazón, a consecuencia de inquietudes y malestares continuo, o ya por la dispepsia cuando se vive bajo el peso de un pesar profundo.

Ahora bien: si tenemos en cuenta que las funciones solo pueden sostenerse a expensas del gasto nervioso, podemos darnos cuenta del consumo enorme que se produce para el sostenimiento de una existencia apasionada. Por otra parte, los órganos mismos se fatigan, llamados sin cesar a una labor excesiva que está por encima de sus fuerzas vitales; además, el sistema nervioso se distrae, y sacado de quicio, abandona casi sus tareas normales y todo se reúne para alterar la salud.

No hay que olvidar tampoco que todo gasto necesita una reparación inmediata, y las funciones fatigadas do suyo en las naturalezas apasionadas, no son muy aptas para cumplir destinos casi imprevistos. En esas circunstancias poco a poco se degrada la salud y se debilita la constitución, como sucedería en un enfermo atacado de una larga y persistente supuración, o en un monstruo que tuviera que atender a la subsistencia de órganos supernumerarios.

Las funciones tienen sus límites pues, y los estímulos demasiado intensos las pervierten o anonadan. Cuando una idea pasional trabaja el espíritu de continuo, concluye por relajarle, como la cuerda siempre tensa en el arco. Si las pasiones son los móviles mas o menos fisiológicos que nos inducen a obrar, no deben gravitar con todo su peso, ni estallar con todo su furor. Si el sonido es el estímulo natural del nervio auditivo y la luz de la retina, jamás deben llegar al estruendo ni a la vivacidad del sol mirado de frente.

Si estas consecuencias producen en un organismo sano, fácil es comprender los males y afecciones nuevas de que serán causa inagotable en un cuerpo enfermo. Entonces existe menos fortaleza vital y es más difícil la armonía, o mejor dicho, la correspondencia entre él y el *sensorium*.

En los convalecientes se pueden observar a menudo los trastornos que se operan por la menor emoción. Una sorpresa, una noticia inesperada, los sume en el síncope; una alarma inusitada produce en ellos deposiciones abundantes y acuosas. Son sensibles a las ofensas, cariñosos e ingenuos como los niños, y fácilmente vierten lágrimas si se creen cuidados con poca solicitud.

Pero no todos los desórdenes emanan del juego de las pasiones; basta, como dice Hunter, la idea de una sensación para que pueda ser considerada como la sensación misma. Estos diversos estados dependen sobre todo del predominio de la imaginación- por un verdadero examen o análisis subjetivo. Ella se apodera de los dolores ficticios para darles forma real e inscribirlos en el catálogo de sus males.

Delante de personas delicadas y nerviosas no es posible hablar por mucho tiempo con detalles de una en-

fermedad o dolor, sin que sientan el mal con mayor o menor intensidad.

Hay un hecho vulgar y de observación diaria. Cuando se permanece en una habitación sombría donde penetra un rayo de sol, se ven mil corpúsculos casi imperceptibles flotar en la atmósfera. Pues bien, basta pensar que todas esas sustancias extrañas van a penetrar al pulmón por medio de la respiración para que se produzca un verdadero espasmo laríngeo, una repugnancia invencible y sea seriamente comprometida la función.

¿Cómo explicar estos curiosos fenómenos? ¿Cuál es el mecanismo íntimo que hace segregar las glándulas salivares cuando falta todo estímulo, al solo recuerdo de una comida opípara?

Estas sensaciones son originadas por verdaderos auto-hipnotismos, y en esos casos una sensación ideal destruye y suplanta a una real. Hay, pues, una impresión ficticia que se yuxtapone a otra y se radica en el cerebro provocando corrientes nerviosas centrífugas. Estas sensaciones ideales tienden a exteriorizarse y localizarse.

¿Cuántas veces se observa en los operados de un miembro, de la pierna por ejemplo, acusar dolores en el pie, siendo que no le poseen? Ahí se ha producido un acto psíquico consecutivo en el cerebro, que se exterioriza buscando para hacerlo las vías nerviosas que están en mayor conexión con el paraje estimulado. De idéntica manera un golpe recibido en el codo sobre el nervio cubital, no se siente en ese punto sino en la terminación de él, en la mano.

El profesor Gregory se ha ocupado mucho de las sensaciones que sufren los hipnotizados. Se les sugiere la idea de una alta temperatura, sudan y se sofocan; se les advierte que hay frío, tiemblan y se abotonan las ropas.

El Dr. Tuke, al ocuparse de la materia que tratamos, se pregunta si las sensaciones ficticias que se experimentan en estas circunstancias y debidas a estados especiales de la imaginación, producen en el cerebro modalidades análogas a las que acompañan a las sensaciones objetivas reales y si van a impresionar las mismas localidades cerebrales.

Es casi seguro que así sucede, pues en ambos casos la esencia del fenómeno es la misma. Si en el primero el origen es periférico, en el segundo es central; se suprime uno de los factores de la serie y el acto empieza por donde debía concluir. Nada de esto es sorprendente; admitido lo anterior se comprende en seguida el ciclo funcional. El cerebro ha sido modificado; el organismo ya no puede permanecer indiferente y la función debe ser provocada según el origen y la región impresionada.

Santa Teresa, con tanta frecuencia presa del éxtasis, ha escrito estas palabras: «Conozco personas de un espíritu tan débil que se imaginan ver todo lo que piensan...»

Goethe, el célebre poeta alemán, podía tener visiones voluntarias, y cualquier naturaleza sin dotes tan poderosas, cuando un deseo vivaz la agujijonea u otro motivo que interese sus facultades, puede ser víctima de esas alucinaciones.

Galton ha hecho estudios curiosos sobre ciertas personas que tienen la rara facultad de representarse ima-

ginariamente números u otros objetos, y que en ello consiste el secreto de sus habilidades para hacer largas sumas y otras operaciones de aritmética.

## LA IMAGINACIÓN

En la última parte del capítulo anterior, hemos expuesto algunas ideas con el objeto de explicar más o menos satisfactoriamente los fenómenos variados que pueden sobrevenir en el organismo por efecto de la imaginación.

Vamos a hacer de ellos una ligera reseña para entrar de lleno en las pasiones que constituyen el principal objeto del presente trabajo.

Si se reconcentra la atención en un órgano cualquiera, se sienten sensaciones diversas que en el estado normal del ánimo, pasarían desapercibidas, porque se ejecutan en una de las esferas de la animalidad casi del todo independiente del *sensorium*.

Aquel que fija su pensamiento sobre los órganos digestivos, percibe paulatinamente en la región epigástrica algo como un peso extraño en el estómago, ciertos movimientos casi larvados y asiste idealmente al funcionamiento de la víscera. En el corazón sucede algo semejante, pues se siente la impresión de sus latidos. Idéntica cosa se pasa en un dedo, por ejemplo, si se le mira por algún tiempo y se cuida que la imaginación no se distraiga. Se despiertan entonces dolores vagos y apenas perceptibles, isócronos con las pulsaciones arteriales.

Las personas timoratas que cuidan demasiado de su salud, concluyen por sufrir algo en ciertos órganos u otras partes del cuerpo. Son estas verdaderas sensaciones centrales que se exteriorizan para localizarse según la región de la corteza cerebral impresionada, y seguir las ramas nerviosas que más directamente están en conexión con ella.

Es difícil describir con detalles minuciosos una afección en presencia de semejantes sujetos sin que sientan uno u otro de los síntomas que se mencionan.

Montaigne conocía ya esta simpatía mórbida, al decir que no podía ver una herida o una úlcera, sin sentir inmediatamente en su cuerpo dolores en parajes idénticos a los atacados en el paciente.

Estas hiperestesias debidas al juego de la imaginación se observan igualmente en las personas impresionables que van a ser operadas sin anestesia previa. Sienten los dolores de la incisión una vez que el cirujano ha aproximado el cuchillo al miembro lesionado sin herirle aun. La impresión central se adelanta, se apresura en su manifestación a la impresión periférica que debía producir el dolor.

Innumerables controversias se han elevado entre los autores, con objeto de explicar la prioridad patogénica del cerebro o tubo digestivo al tratar de la hipocondría.

No es posible negar que esa afección se inicia muchas veces por trastornos gástricos, que abren la escena patológica; pero existen individuos en los cuales la preocupación, una cierta predisposición del carácter o la imagi-

nación mas o menos desarreglada, es la causa exclusiva del mal. El es en esos casos despertado por un desorden cerebral, que conduce a los enfermos a falsas y erróneas deducciones intelectuales, basadas en las sensaciones que creen o que verdaderamente perciben. Se reconcentra la atención en los fenómenos de la vida vegetativa.

Apoyamos esta teoría fundados en un hecho práctico de gran trascendencia cuando la trompa de Eustaquio permanece abierta por una causa cualquiera y se perciben los ruidos del corazón, el roce del aire en los bronquios, es arrastrado el sujeto a pensar en el porvenir de su existencia animal, se estudia a cada instante y concluye por entrar en un período de examen y análisis subjetivo que con rapidez le precipita en la enfermedad.

Víctima de una idea fija al rededor de la cual afluye su intelectualidad, termina por dar una dirección viciosa a sus sensibilidades y sus fruiciones todas producen en él sensaciones extrañas o dolorosas.

Lo contrario sucede si se reconcentra la inteligencia en la composición literaria o se inflama por el entusiasmo.

Hay en esas circunstancias una verdadera anestesia de los sentidos y las pequeñas incomodidad des físicas disminuyen o se borran. Cuando una idea cualquiera o una lectura agradable absorben nuestra mente, nos aislamos, nos replegamos en nosotros y el bullicio que nos rodea no es escuchado, ni los órganos dejan sentir sus exigencias.

En los raptos que preceden a las grandes concepciones, la fuerza nerviosa difundida en las regiones más apartadas del cuerpo, se concentra en el cerebro para servir de cuna a la idea.

En esos momentos las funciones están casi aletargadas, se llega a las fronteras del éxtasis, y un solemne recogimiento de la materia espera el advenimiento intelectual.

Bien conocida es la historia de Arquímedes que embebido en la solución de un problema, no oyó, ni vio al soldado romano que le intimaba rendición.

Estas especies de anestias son muy comunes en todas las circunstancias de la vida emocional, y la historia nos presenta numerosos ejemplos, desde el soldado oscuro que no siente la herida inferida en el calor de la pelea, hasta los mártires que tranquilamente sentían calcinar sus miembros y morían exclamando: «soy cristiano».

No olvido la impresión profunda que hizo en mi ánimo el hecho siguiente observado en la sala 8 del Hospital de Clínicas. Existían allí varios enfermos de cáncer, torturados por dolores horribles, y que aumentaban por la noche sobre todo. A esa hora solía ir el practicante de guardia para propinarles una inyección de morfina. Pero teniendo en cuenta el módico do Sala los efectos desastrosos de esta droga cuando se abusa de ella, ordenó con las reservas necesarias, que solo se les diera de agua destilada sin que los interesados se apercibieran del cambio. Pues bien, aquellos infelices sentían los mismos efectos anestésicos o hipnóticos de la morfina, y dormían profundamente. Cuando descubrieron el engaño fue necesari-

rio volver a hacer uso del medicamento porque ningún efecto producía el agua pura, como es lógico suponer.

¡Cuántos sujetos que sufren atroces dolores de muelas las sienten desaparecer como por arte de magia al ver al dentista sacar sus tenazas y sus garfios! ¡Cuántos enfermos de neuralgias diversas, no se encuentran perfectamente en presencia de la aguja enrojecida del termo-cauterio!

Un enfermo cualquiera en medio de una sociedad de amigos y mientras oye una conversación agradable, ve sus dolores disminuir y sus incomodidades atenuarse.

Gratiolet cuenta de un estudiante de derecho que asistía por primera vez a una operación (extirpación de un pequeño tumor en la oreja) que sintió tan vivos dolores en la suya que por largo rato se quejó de ellos.

Si mal no recuerdo, es Gregory quien habla de un individuo tan nervioso e impresionable que le bastaba ver una copa con aceite de ricino para ser atacado de vómitos violentos.

También se dice de Frank que estudiando las enfermedades del corazón, tuvo fuertes dolores y palpitaciones que no pasaron hasta que terminó su tarea.

Es tan frecuente esta afección en circunstancias análogas que se llama habitualmente enfermedad del corazón de los estudiantes.

El estado psíquico que estudiamos puede dar a la corteza de los hemisferios cerebrales una modalidad tal que se perciban sensaciones sin objeto, o ser mal apreciadas, para dar lugar a sensaciones erróneas. Todos los sentidos están igualmente sujetos a la imaginación, y a menudo van aparejados los fenómenos para hacer más completa las ficciones, hasta ser difícil al que es víctima de semejantes alucinaciones momentáneas, deslindar lo real de lo falso.

Las personas crédulas, fanáticas y débiles, las jóvenes preocupadas con lecturas que exaltan el sentimentalismo y los niños conmovidos por cuentos fantásticos y terroríficos, son los candidatos obligados de estos pasajeros trastornos del espíritu.

Las visiones que con frecuencia alarman a los adolescentes cuando permanecen en una habitación a oscuras, por ejemplo, y si una circunstancia incidental excita la fantasía, llegan entonces a percibir un cúmulo de sensaciones que se coordinan para encaminar al pensamiento a las más ilógicas deducciones.

El que espera con impaciencia a una persona, cree escuchar a cada instante el ruido de sus pasos. ¿En esos momentos toda sensación auditiva tiende a excitar en el cerebro la misma región, o tan hiperestesiadas se hallan las células de donde nace el nervio, que apagan, que suplantando toda otra?

Por otra parte, todo sujeto que dirige con insistencia su atención hacia sensaciones especiales las aprecia mejor que cualquier otro en condiciones desemejantes, por el acrecentamiento que sufre la impresionabilidad del *sensorium* bajo el influjo de un pensamiento predominante.

Esto nos conduce a asegurar que las ideas que nacen bajo las influencias de la imaginación, como las evoca-

ciones de la memoria, se forman en las mismas células nerviosas que las provocadas por estímulos externos. Estas sensaciones subjetivas y objetivas son tan precisas, tan netas a veces, que nada las diferencian entre sí.

Este exclusivismo de los sentidos en ciertos estados del alma, para apreciar solo las impresiones que están en correlación con la preocupación principal, con el pensamiento predominante, se observa con claridad en los hipnotizados que solo escuchan la voz que les sugiere el experimentador, como lo ha probado Simpson.

Nos explica igualmente los numerosos hechos que consigna la historia de visiones celestes y voces divinas que han oído muchas personas en un raptó de entusiasmo, de fe religiosa o de patriotismo.

La influencia de la imaginación en las glándulas es bien evidente. La saliva afluye abundante a la boca al solo recuerdo de un manjar agradable. La mucosa estomacal, como lo prueban los experimentos de Beaumont, se enrojece por el aflujo de sangre y el jugo gástrico aumenta como si estuviera el bolo alimenticio en contacto con ella.

Piorry narra, según Tuck, la historia de una dama que amamantaba a su hijo y que cada vez que le oía llorar sentía sus senos llenarse de leche.

El ejercicio mental aumenta la cantidad de orina. Byasson calcula el acrecentamiento de 1157 gramos a 1320. Sucede lo mismo con la cantidad de urea, fosfatos y ácido fosfórico.

## INFLUENCIAS PASIONALES

¿Porqué en las distintas emociones se perturba el trabajo de los órganos? Ya lo hemos indicado.

Toda pasión despierta una reacción y las vísceras en armonía con el sistema nervioso en la vida normal, aspiran siempre al paralelismo y la correspondencia con él.

Cuando una influencia de esta naturaleza conmueve el *sensorium*, busca el auxilio de los órganos para la función más activa que debe cumplir. El corazón que es un centinela avanzado en estas circunstancias, redobla el número de sus latidos para enviar al cerebro que trabaja mayor cantidad de sangre, y la respiración duplica casi sus esfuerzos para oxigenar más.

La armonía se establece o no, según las condiciones de los aparatos y la intensidad del choque psíquico.

Fácil es comprender los desórdenes variados que pueden desprenderse de semejante causa, tanto más fecunda cuanto más viciada está la economía y los centros nerviosos más distantes del cambio que producirá la emoción.

Es práctica diaria antes de transmitir una mala nueva, hacerlo metódicamente para dar al ser físico el tiempo suficiente de buscar el equilibrio con el desorden nervioso que se producirá a su conocimiento.

En cualquier acto apasionado hay mayor cantidad de sangre en el cerebro. Esto sucede naturalmente en todo órgano que trabaja con exceso. Mosso cuenta de una mujer con caries sifilítica en la calota craneana y en la cual podían hacerse curiosas observaciones.

Provisto de un aparato especial hizo en ella diversas experimentaciones. La circulación cerebral era tranquila cuando estaba distraída, pero cuando se la provocaba a pensar por medio de un estímulo cualquiera, la cantidad de sangre aumentaba hasta el punto de verse a la masa encefálica hacer casi hernia al través del agujero.

Narra también la historia de otro joven en condiciones patológicas análogas, que durante el sueño se producían intermitencias en las dilataciones y contracciones del cerebro originadas por las variaciones circulatorias. Eran esos fenómenos, reflejos causados por ensueños pasajeros, ondas sanguíneas que llegaban impulsadas por ideas somnolientas.

Las emociones más sutiles imprimían al trazado gráfico cambios diversos y la superficie encefálica se enrojecía o anemiaba más o menos, según la altura a la cual llegaba la impresión en la pauta psíquica.

No podía suceder con el cerebro otra cosa distinta que lo que pasa en los demás órganos. Si segrega una glándula, hay más sangre en ella que en el estado normal, si se contrae un músculo, hay también un aumento correlativo en la circulación.

Si un órgano bien conformado puede por mucho tiempo sostener estos trabajos excesivos, fuera casi de su función fisiológica, cuando la textura está alterada por la edad, la herencia, o las enfermedades, se comprenden con facilidad los trastornos que entonces se producen.

Un corazón sano, por ejemplo, puede ser sacudido por borrascas morales de todo género y rara vez sucumbirá en la lucha. El encontrará en la tonicidad de su tejido un medio siempre fácil de cumplir su misión. Pero si está atacado de una atrofia o degeneración grasosa, si sus válvulas son insuficientes o están sus orificios estrechados, el síncope o la muerte cerrarán la escena, como sucede a consecuencia de la cloroformización en condiciones análogas y en el período de estímulo. Puede también destruirse la compensación y hacer rápidos progresos la asistolia.

En un cerebro bien conformado el sacudimiento pasional no dejará rastros si sus arterias conservan la elasticidad normal o si un vicio original no le colocan en condiciones de receptividad. Pero si las arterias están degeneradas, si el temperamento es sensiblemente mórbido y existen condiciones hereditarias, la ruptura de los vasos podrá ser consecutiva o la enajenación mental desenvolverse.

Ya una mujer ilustre que conocía lo que en estos casos influye la predisposición, Madame Dupin, decía a Bretonneau: «En verdad, doctor, que aquellos que pierden el juicio pierden a la verdad poca cosa.»

Todos los trastornos orgánicos que acompañan a las pasiones y que vamos a estudiar ligeramente en los capítulos que siguen, no desaparecen de una manera súbita una vez que la causase ha extinguido.

Semejantes manifestaciones no se detienen con facilidad, y aun cuando la razón haya recogido su cetro después del naufragio moral, se dejan sentir todavía sus efectos perniciosos.

La modalidad que se ha impreso a la función cerebral sigue hasta cierto punto un ciclo definido y sus trastornos aun repercuten en las distintas esferas físicas, como las olas del mar, según la expresión de un autor, llegan con violencia a la playa después de extinguida la tempestad.

## EL TERROR

Emoción bien común es la que nos ocupa y que violentando el análisis podríamos definir como la pasión del instinto de conservación, porque con generalidad nace en presenciado algún peligro que amenaza la vida en sus distintas condiciones de sostenimiento.

Su ataque es con frecuencia súbito e inesperado y violentos los trastornos que efectúa. Se generaliza con rapidez, perturba las funciones, y aun puede anonadarlas por completo. Produce ya una enfermedad dada, inicia tal o cual órgano en la vida mórbida, o son sus resultados pasajeros y apenas apreciables.

Sucede con el terror como con todas las pasiones; que sus resultados varían según la impresionabilidad del individuo.

Las personas de imaginación débil, de concepciones lentas y reacción perezosa, apenas sienten el choque moral y con dificultad ultrapasan los límites de la apatía que les fija el temperamento.

Las mujeres, los niños y los adultos, que ofrecen caracteres opuestos a los que acabamos de deslindar, aquellos a quienes todo agita, son los designados con especialidad para ser víctimas del terror.

Lunier se ha preocupado de levantar estadísticas del número de alienados, que han ingresado en los asilos del Departamento del Sena desde el 1° de Julio de 1870 al 31 de Diciembre del 71, y cuyo origen podría referirse con especialidad a las múltiples causas emocionales a que dan nacimiento las épocas de guerra. Ha notado un aumento de 1700 y tantos casos sobre los años anteriores y transcurridos en las bonanzas de la paz.

No participamos de la opinión de Esquirol, cuando dice que la sociedad está constituida de tal manera que las pasiones se excluyen mutuamente cuando alguna de ellas predomina sobre las otras en épocas anormales, de manera que tienden a hacerse equilibrio y a ejercitarse casi en igual número en todos los tiempos. Ni la estadística, ni la razón prestan su apoyo a esta doctrina.

Por extraño que parezca, Lunier apunta que no son los sujetos de antecedentes hereditarios los más predisuestos, para sentir los efectos de las pasiones extremas en las circunstancias que examinamos. Así en un total de 247 casos en 59 había antecedentes que justificaban el trastorno psíquico, mientras que en 188, ellos no existían en la historia mórbida de varias generaciones.

En una cifra de 905 alienados entresaca Lunier, 147 hombres y 45 mujeres que habían perdido la razón por el temor de la guerra, de ser soldado, de marchar hacia el enemigo, por las alarmas de perder una posición adquirida, por miedo al pillaje y por encuentros con soldados

alemanes que permanecían de guarnición en las ciudades rendidas 6 sitiadas.

A ningún criterio ilustrado pueden sorprender estos datos que arroja la estadística citada, si se tiene presente el número inmenso de individuos llamados a tomar las armas después de haber estado habituados a la tranquilidad del hogar y a la satisfacción del trabajo, asegurado por una paz relativamente prolongada. Por más que se enaltezca la virilidad de tal o cual raza, de tal o cual pueblo, es casi imposible la abnegación en los hombres irreflexivos o timoratos, en el sujeto impresionable, o en aquel que atiende una familia numerosa y se aleja de su seno para correr todos los azares de la lucha.

Es entonces que bajo el peso del terror y de las inquietudes que rodean a estas distintas circunstancias, estallan los síntomas mórbidos.

Los terrores que son muy súbitos, casi inesperados, producen a veces la melancolía con estupor como ha sucedido durante una batalla o un bombardeo, o por el contrario, la manía aguda, con accesos de furia, como aconteció últimamente en la catástrofe de la Opera Cómica de París, donde algunos sujetos se enloquecieron, habiendo uno de ellos que arrojaba de lo alto de los palcos todo lo que le venía a la mano.

Si parece que existen ciertas relaciones entre la causa y la forma de locura, esto no es constante y una misma influencia que gravita sobre una colectividad origina manifestaciones múltiples según predisposiciones o receptividades que escapan a todo análisis.

Trastornos son estos que no siempre se manifiestan instantáneamente en el individuo atacado; suele haber una tregua para la aparición; el equilibrio cerebral no ha sido roto, pero la agitación producida repercute en ciertos casos de un modo especial. Así Esquirol ha observado algunas damas embarazadas en distintas épocas revolucionarias, que habían dado a luz niños que la causa mas ligera los hacía alienados.

Y ya que a este punto llegamos, estudiaremos los desórdenes que el terror puede producir en las mujeres en cinta y el alcance que esa misma causa tiene en la salud próxima o futura del niño.

En el momento de Las contracciones uterinas, una vez rota por ejemplo la bolsa de las aguas, cesa el trabajo del órgano y los dolores que le acompañan, por causas morales de carácter violento.

Muchas veces hemos observado en la clínica del Hospital de mujeres, suspenderse el parto que se había inaugurado bajo los mejores auspicios por la presencia inesperada de los estudiantes. En esos casos las contracciones cesaban, los dolores desaparecían, todos los fenómenos que acompañan a ese período de la expulsión se anonadaban y el útero relajado caía en la inercia

La aparición insólita del médico o de alguna persona extraña produce idénticos resultados.

Hubert recuerda una dama inglesa en la cual se suspendían siempre los dolores en su presencia.

Narra también el hecho de una mujer que en el período expulsivo, atiende la relación que hace una coma-

dre de un incendio que acaba de estallar en la vecindad. En el instante mismo sobreviene un desfallecimiento, después escalofríos, y se suspende por completo el trabajo sin volver a despertarse.

Llamado Smellie en consulta tuvo necesidad de aplicar el fórceps. Hay en todos estos casos una falta de incitación nerviosa por una especie de sideración en los centros motores de la médula.

Una vez finalizado el parto, en el momento del alumbramiento estas causas producen resultados más graves.

Desprendida la placenta, bajo una influencia moral, es detenido el impulso nervioso del plexo hipogástrico, y la capa media del útero que por su contracción cohibe la hemorragia, una vez paralizada, fluye la sangre en abundancia.

Durante el embarazo y especialmente en los días que siguen al parto, se encuentra la paciente en un estado tal de susceptibilidad, que el temor más o menos exagerado causa grandes trastornos en su organismo y hasta produce la muerte súbita.

Danilo refiere la historia de una campesina, ignorante y fanática, que después de haber interpretado varios presagios lúgubres para el día de su parto, consultó a una adivina quien le aseguró que sería feliz si daba a luz una niña. Parió normalmente un varón, y conocidos por los deudos los hechos anteriores ocultaron el sexo del niño. Pero una vecina imprudente que ignoraba la consigna la felicitó por haber tenido un hijo. Recuerda entonces el horóscopo de la adivina y un terror inmenso se apodera de ella, muriendo casi en el acto.

Hubert consigna en su obra algunos párrafos de un artículo de Hervieux, publicado en la *Gazette des Hôpitaux* donde dice «que una mujer que acaba de parir y exenta de toda complicación, si recibe la visita de uno de sus parientes o de un sujeto que le reprocha con dureza su conducta pasada con recriminaciones intempestivas, puede en la tarde misma ser atacada de escalofríos, y a datar de ese momento se desarrolla todo el cuadro de los síntomas de una flebitis uterina, de una peritonitis o de cualquiera de las enfermedades propias del estado puerperal».

Todos sabemos que los loquios pueden suspenderse por uno, dos o más días en circunstancias y por causas semejantes a las que acabamos de estudiar; suspensión que puede pasar casi desapercibida en una mujer en perfecto estado de salud, pero que da lugar a síntomas febriles más o menos pronunciados en otras condiciones desfavorables.

Queremos también consignar un hecho de alta trascendencia práctica y cuyo desconocimiento produce innumerables víctimas y dolores en el seno de las familias. Sabemos que en los primeros meses de la vida el niño no recibe otro alimento que la leche materna.

Después de haber permanecido en el útero como un parásito viviendo de la vida de la madre y haciéndose hasta cierto punto responsable de los trastornos físicos y morales que perturbaron el organismo que le concibió,

continúa aun después de nacer como tributario para recibir indirectamente sus influencias.

Su existencia dependiente de la existencia materna, sigue muy de cerca todas las contingencias de su destino y se apropia y hace suyo gran número de sus males.

Así en el período de la lactancia las emociones terro-ríficas tienen una acción manifiesta en la composición de la leche.

Es cierto que no son siempre apreciables sus alteraciones químicas por medio del análisis, pero las diarreas y las afecciones del tubo digestivo que aparecen en esas circunstancias, llenan este vacío y disipan toda duda. Becquerel ha comprobado, sin embargo, en un caso un aumento en la proporción de agua. Y no podía ser de otra manera si tenemos en cuenta las estrechas relaciones que el estado del espíritu tiene con esta función.

Cuando la madre aproxima el niño a su pecho, siente el contacto de su labio y el cariño embarga su alma, afluye a la glándula la leche más abundante, más rica, más nutritiva, como si allí se reconcentrara la vida para transmitirla a su hijo. Cosa bien distinta sucede en la lactancia mercenaria y cuando el afecto no mueve el corazón.

Si después de violentas emociones de terror se amamanta un niño, pueden producirse hasta muertes repentinas, y Sous trae a este respecto numerosas observaciones. Es prudente y sabio, pues, no amamantarlo en los primeros momentos hasta tanto que la tranquilidad haya reemplazado a la agitación del espíritu.

Si tenemos presentes estos hechos con facilidad se comprende la acción perniciosa que tendrán en la salud y la mortalidad infantil, las épocas que preceden y siguen a las luchas políticas y convulsiones revolucionarias. Seguros estamos que si revisáramos la estadística de nuestro país en estas circunstancias, encontraríamos un aumento considerable en la mortalidad. Cifras son estas que consignaríamos en nuestro trabajo, si quisiéramos darle una extensión que no entra en nuestro plan, y que harían enrojecer a nuestros partidos políticos.

¡Cuánta resistencia orgánica pierde el enfermo, cuando abandona por primera vez su hogar humilde, para pedir un alivio a sus males físicos, en un establecimiento hospitalario! Entran temblorosos a sus salas y miran en torno con temor al sentir el frío moral que allí reina, y que no puede entibiar la caridad con todos sus desvelos. Permanecen en continuos sobresaltos por la suerte propia y extraña que pesa sobre todos los pacientes, por esa mancomunidad de destino que se establece entre los que están guarecidos bajo el mismo techo.

Ven y comentan las enfermedades de sus compañeros, asisten inmóviles desde sus lechos a su agonía, y contemplan mas tardo sus cadáveres rígidos cubiertos por una tela blanca.

Cierto es que el problema es más complejo, y no podríamos, sin falta grave de criterio, referir solo al terror la marcha rápida que muchas veces asumen las afecciones en los enfermos de hospital, afecciones que han seguido un ciclo más o menos lento y regular antes de ingresar a él.

Pero también debemos admitir que no es posible de ninguna manera, sustraer el espíritu a las escenas desagradables del medio, y esas influencias morales nos dan en el clavo de muchas enfermedades que se agravan por la resistencia que ellas quitan al organismo.

Asimismo no se explican las complicaciones nerviosas que suelen atacar con especialidad a las mujeres alojadas en un mismo pabellón.

Durante el tiempo que fuimos practicantes del Hospital de Clínicas, hemos podido darnos cuenta de estos fenómenos.

Al siguiente día de un fallecimiento, la mayor parte de los enfermos se muestran inquietos, preocupados por su porvenir, miran el médico que los examina, con cara ansiosa o investigadora, y hacen deducciones alarmantes del menor signo o palabras.

Y no es esto todo. Muchos han pasado la noche agitados y en continuo insomnio; están inapetentes, desalentados, apáticos, con trastornos digestivos y hasta presentando síntomas nuevos o una agravación de la enfermedad.

Es especialmente en las enfermas donde se observan los hechos más relevantes, debidos a su sensibilidad más exquisita y a su reacción más viva.

Se quejan de dolores múltiples y trastornos nerviosos variados que pueden llegar hasta el desfallecimiento. Cuántas veces es incomodado el practicante de servicio a altas horas de la noche, y tiene necesidad de pasar de lecho en lecho calmando a unas, alentando a otras y suministrando drogas a muchas!

El miedo no solo tiene el poder de agravar las afecciones, sino que puede originarlas y es una causa fecunda de enfermedades. Las convulsiones y la epilepsia misma, pueden nacer bajo su influencia.

Henoch, entre ejemplos numerosos, trae el caso de un niño, que al mamar en el seno materno, mordió el pezón como Hércules a Juno, arrancando a la madre un grito estruendoso. Aterrorizado el niño fue inmediatamente atacado de convulsiones violentas, que se repitieron con insistencia.

Un médico, según Chomel, después de haber hecho la autopsia de un hombre que había muerto rabioso, tuvo tal miedo de ser infestado por el virus, que sintió a los pocos días todos los síntomas de la enfermedad.

Desapareció el apetito y el sueño, tenía disfagia y vagaba desesperado por las calles.

Estos fenómenos nerviosos se han observado con frecuencia en las personas impresionables, a tal punto que muchos autores los han confundido con la hidrofobia verdadera y citan ejemplos curiosos que no nos detendremos en su enumeración.

Trousseau habla de un sujeto de 36 años de edad, que durmiendo en la misma alcoba de su mujer que era epiléptica, fue despertado de un modo insólito por los gritos de su esposa, víctima de un ataque. Aterrorizado y sorprendido, no pudo soportar el choque nervioso y tuvo esa misma noche una furiosa convulsión epileptiforme.

Marshall Hall en sus «Observaciones médicas» ase-

gura que la epilepsia causada por el terror, es de todas las más difícil de curar.

La histeria, la corea y la parálisis agitante deben ser incluidas en las enfermedades que pueden tener semejante etiología.

Todd narra el incidente acontecido a un niño de pocos años de edad, que asustado por su hermana vestida de fantasma, sufrió desde ese día de corea que duró algunos meses.

Hemos observado hace poco en una joven, que después de oír la descripción de muertes recientes producidas por el cólera, sintió trastornos digestivos y se alarmó de tal modo que tuvo algunas convulsiones histéricas con un acceso franco de risa sardónica.

En los momentos aciagos por los que puede atravesar la salud pública o la seguridad de las naciones, en las epidemias y en las guerras, vidas numerosas son arrebatadas a la sociedad por el terror que hace verdaderos estragos en los sujetos de espíritu débil y carácter apocado.

Si fuera posible en esas circunstancias levantar estadísticas sabiamente confeccionadas, y si se pudiera dar siempre con la verdadera etiología mórbida, muchas defunciones serían sustraídas a las influencias epidémicas.

Para nadie constituyo una duda ya, y desde Larrey en la campaña de Rusia y hasta en la guerra franco prusiana se ha comprobado, que los heridos tienen menos resistencia en los ejércitos vencidos que en los triunfantes.

Innumerables soldados mueren con lesiones relativamente leves en los campos de batalla, cuando se ven abandonados por sus compañeros en derrota y quedan entregados a las furias de la victoria.

Son tan numerosos los efectos del terror que muchos de ellos los describiremos en el capítulo titulado «La Cólera» por la correlación que guardan con ambas emociones.

Los músculos lisos pueden ser excitados por el miedo y so observa entonces la carne de gallina, por la contracción de las fibras del dermis; la diarrea y expulsión de orinas por aumento de los movimientos peristálticos y trastornos secretorios.

La erección de los cabellos acompaña a menudo estos grados extremos del terror.

Los músculos voluntarios son excitados, como lo prueba la fuga rápida para huir de un peligro y los esfuerzos considerables desplegados con objeto de desasirse de las manos que nos sujetan o pretenden hacerlo en casos análogos.

Darwin o Mantegazza, uno de los dos, cree que en estos casos son sobretodo los flexores los que más funcionan, y toma como ejemplo al individuo que escapa a una amenaza inminente, y forma al correr un arco hacia adelante, como ofreciendo instintivamente al enemigo un menor blanco.

Otras veces en lugar de haber hiperquinesias, origina el terror súbito y excesivo, verdaderas parálisis, y hechos numerosos nos ofrece la experiencia diaria de personas que bajo semejante causa no pueden dar un paso y permanecen inmóviles como estatuas. Esta parálisis puede

atacar las cuerdas vocales y ser la articulación de las palabras, como sucede a los oradores noveles, imposible o poco menos.

Mosso cita ejemplos de individuos que para siempre perdieron la facultad del lenguaje. Otros, según el mismo autor, han quedado ciegos o les ha sido imposible conciliar el sueño cayendo en la manía aguda.

Hemos visto ya los numerosos trastornos que experimenta el útero por el terror. Las contracciones en vez de caer en la inercia, pueden ser excitadas y el aborto producirse.

Según Jolly en 1793 durante la dominación tiránica de Carner en Nantes, la mayor parte de las mujeres abortaban.

La menstruación se suspende también y esto es tan común que creemos innecesario citar ejemplos.

Hemos pedido algunos datos a este respecto a una persona que hace muchos años está radicada en el Paraguay, y aun cuando extraña a la medicina su palabra nos merece fe.

Nos asegura que durante la guerra de la Triple Alianza, la mayor parte de las mujeres del país no reglaban o lo hacían con irregularidad.

Entra por mucho en esto, a no dudarlo, la falta de alimentación abundante y sustancial, pero no es posible eliminar las influencias morales que desde la tristeza hasta el terror pesaban sobre aquel pueblo entonces tan desvalido.

Mucho se ha discutido sobre el cambio de coloración de los cabellos. Haller niega rotundamente que un gran terror ú otra emoción violenta pueda producir semejante trastorno. Bichat, menos escéptico y cuya autoridad científica no es posible desconocer, afirma que cinco o seis personas, y entre ellas una de su familia, volvieron canas en pocas horas. Montesquieu según confesión propia, asegura que en una noche blanquearon sus cabellos. María Antonieta los vio convertirse repentinamente en color gris. Varios autores han observado hechos semejantes durante las alternativas de las afecciones mentales.

¿Por qué el terror y otras impresiones análogas producen este fenómeno? Los estudios de Brown-Sequard han probado que llegada la edad en que empieza el cambio de tinte en el sistema piloso, basta muchas veces menos de un día, para que se llene su interior de partículas de aire que al reflejar la luz le imprimen una coloración característica.

Otros autores creen que es debido a un trastorno en la incitación nerviosa, trastorno que trae consecutivamente una mala distribución de pigmento. Teoría es esta que no está del todo desprovista de valor práctico.

Sabemos que existen algunos animales, como el camaleón, que cambian de color a voluntad. Pouchet ha experimentado en un pez, el rombo. Ha seccionado en él algunas fibras nerviosas, le ha introducido en un aquarium, y visto todo su cuerpo palidecer menos los puntos que recibían la influencia de los centros cerebro-espinal.

## LA CÓLERA

Puede en muchas de sus partes considerarse este capítulo como una continuación y un complemento del anterior, porque estas dos emociones eminentemente activas en su producción y efectos, tienen sobre muchas vísceras repercusiones análogas. Es difícil, por otra parte, limitar y circunscribir los resultados de ellas, menos en los casos en que se trata de un sujeto enfermo en el cual es el aparato lesionado el primero y que con mas intensidad percibe el sacudimiento moral.

El temperamento desempeña también una misión considerable en la manifestación de los fenómenos mórbidos. Así un acceso de cólera en un bilioso será seguido de cólicos mas o menos violentos o ictericia, en un nervioso se traducirá por convulsiones y trastornos intelectuales; en un sanguíneo por hemorragias o congestiones.

Horacio decía de la cólera: ira, *furor brevis*. Séneca la define como una emoción que voluntariamente y por elección nos inclina a la venganza.

Es la pasión de los organismos débiles, de las naturalezas enclenques, de los temperamentos nerviosos; es una necesidad de reacción impetuosa causada por provocaciones a nuestra sensibilidad.

Los grados son diversos y abarcan desde la impaciencia hasta el furor y el rencor, cólera crónica como se le ha definido.

Al principio del ataque la sangre afluye a las partes periféricas y el rostro se enrojece, enrojecimiento mas pronunciado en la conjuntiva bulbar, lo que da a la mirada una fiera aterradora. Se perciben las pulsaciones desordenadas y briosas de las venas yugulares que se agitan como cuerdas tensas puestas en vibración; al mismo tiempo el corazón late con violencia y golpea las paredes torácicas como si quisiera anunciar su presencia. La respiración se desordena y el pecho se expande con amplitud. Los músculos se contraen con fuerza, los movimientos son vivos, la voz ronca y a veces entrecortada. Cuando el acceso llega a su máximo, los capilares se contraen, una palidez mortal cubre la fisonomía, aparece un sudor frio y los miembros y aun el tronco se agitan temblorosos.

¿Cuál es la causa esencial del enrojecimiento en el primer período de la cólera y de la palidez en el último? ¿Cómo explicar la cólera roja y la blanca? Sabemos desde los estudios de Claude Bernard, Segros, etc., la acción vasomotora del gran simpático. Si se secciona uno de sus ramos nerviosos todos los músculos lisos, y con especialidad los de los vasos, se paralizan; se dilatan entonces y permiten a la sangre afluir con libertad y producir la hiperemia. Si se excita el cabo periférico cortado, se produce un fenómeno inverso, hay contracción y por lo tanto anemia local. Estos solos elementos 110 bastan para fundar una teoría, pues no alcanzamos a comprender que el choque pasional empiece por paralizar los centros motores para excitarlos en seguida. Semejante evolución no sería lógica y se pondría en oposición con aquella ley elemental de fisiología que todo estímulo es seguido de anonadamiento.

Pero si admitimos la existencia de los vasodilatadores y vasoconstrictores, el enrojecimiento se explicaría por la excitación de los primeros. Pero aumentando el movimiento pasional entrarían en juego los vasos constrictores, su acción llegaría a predominar y paralizarían a sus congéneres por interferencia nerviosa.

Duval se pregunta si no es más lógico, en lugar de admitir como algunos autores que la cólera es paralizante en sus grados débiles y excitante cuando llega al paroxismo, no sería mejor ver al principio una excitación más débil, clónica, de donde peristaltismo e hiperemia, y en el segundo excitación violenta, tetánica, de donde contracción de los vasos, anemia.

Siendo el corazón un centro de reflexión psíquica, debemos antes de estudiar los desórdenes que sobre él producen las emociones, hablar de una vez por todas de su inervación. Los nervios emergen, unos de los ganglios cervicales del gran simpático, los otros del neumogástrico, del izquierdo sobretudo; posee también los ganglios automotores; además, el nervio de Cyon por el cual se convierte en un centro de donde parten impresiones que van a repercutir sobre el aparato circulatorio periférico.

Pero los neumogástricos y el simpático inervan el corazón trasmitiéndole las influencias nacidas en la médula por intermedio del tercer ganglio cervical, la acción aceleradora; del bulbo raquídeo por el neumogástrico, la acción moderada. El uno le impulsa, el otro le refrena.

En un acceso de cólera los tumultuosos latidos cardíacos son producidos por la irritación del simpático. Si la pasión llega a un grado sumo de violencia, la fatiga excesiva paralizaría ese nervio y el órgano con él, produciéndose la muerte por síncope.

El temperamento de Hunter era tan irritable, que conociendo su defecto y la acción nociva de esta emoción sobre la víscera, decía: «Mi vida está a merced del primer advenedizo que quiera hacerme encolerizar.»

Un órgano tan esencial para la existencia no puede ser perturbado, ya por influencia nerviosa directa, ya por un espasmo tónico sin producir maléficos resultados. «No es inverosímil, dice el profesor Gáidner, que se relacionen los espasmos dolorosos a una tendencia a la detención súbita de los movimientos del corazón, bien por una parálisis real que sobrevenga, sea por consecuencia de una irritación nerviosa inhibitoria de los pneumogástricos, de los ganglios auto-motores.»

El síncope y la muerte súbita es frecuente en los cardíacos, cuyo órgano con dificultad puede soportar el empuje de una pasión tumultuosa.

Richardson y Peacock, según Tuke, aseguran haber observado a menudo, y sobre todo en mujeres, palpitaciones nerviosas, hipertrofias y otras afecciones por causas morales vivas. Un corazón degenerado puede hasta romperse en estas circunstancias. Se narran casos de individuos fallecidos repentinamente por rupturas de aneurismas, y de ancianos y alcoholistas muertos por hemorragias cerebrales debidas ala falta de resistencia de los vasos alterados en su textura íntima e imposibilitados para recibir el oleaje abundante de sangre que

el centro circulatorio envía en esos casos, agitado por la cólera o el terror.

El doctor Hunter, que padecía de *angina pectoris*, murió a consecuencia de un acceso de cólera. En la autopsia se hallaron placas ateromatosas en el cayado de la aorta y válvulas mitrales. Las cavidades eran pequeñas, como contraídas por el espasmo.

Los variados desórdenes que en la pasión que estudiamos se producen, aclaran hechos numerosos.

Recordamos de un enfermo a quien asistimos en el Consultorio de ojos, que allí se presentó con una equimosis en la conjuntiva después de un gran desagrado. Era un niño de quince años, y si no tuvo consecuencias más serias y numerosas lo atribuimos al buen estado de los vasos, propio de la edad.

Descuret habla de una mujer de 64 años de edad, que después de un transporte de cólera, fué atacada de accesos de tos con esputos sanguinolentos abundantes debidos ú una ruptura de las arterias pulmonares. Esta pasión como todas sus congéneres, es muchas veces causa de convulsiones musculares, localizadas a veces y otras generalizadas y asumiendo el carácter epileptiforme. La rigidez y el espasmo de los maseteros nos explican las feroces heridas que en estos casos se pueden inferir con los dientes.

Algunos autores atribuyen estos fenómenos a un trastorno del aparato sensoriomotor de la médula oblongada. Sabemos los estudios emprendidos a este respecto por Schroeder Van der Kolk, con objeto de localizar la patogenia de la epilepsia. Ha excitado experimentalmente la médula oblongada y reproducido todos sus síntomas.

Las autopsias han demostrado también en muchos casos una congestión de esta parte. En los ataques de cólera, terror, etc., ella sería irritada e hiperemiada, y según el grado a que llegara el desorden so irían acentuando poco a poco las manifestaciones para llegar desde el temblor simple de los miembros hasta la epilepsia verdadera.

Para probar esto hemos narrado numerosos ejemplos en el capítulo anterior que no repetiremos.

Se citan casos también de parálisis debidas a emociones vivas y el Dr. Bastían los explica por una anemia local en ciertos departamentos cerebrales o medulares, debida al espasmo de las arterias, teoría análoga a la que sostiene Duval para explicar la cólera blanca.

Si tenemos en cuenta los vértigos, los ruidos de oído etc., que el furor despierta, no es difícil que algunos casos de paraplejía, sean debidos a congestiones cerebrales, hecho que nos parece tanto más racional, cuando Bastían al hablar de esta materia asegura que desaparecen con rapidez.

Es tan directa la acción de esta pasión sobre el hígado que muchos autores la colocan en la primera línea de la etiología al ocuparse de la hepatitis, de la atrofia amarilla aguda y de la ictericia esencial y pasajera.

Mientras el terror suprime casi la secreción salivar, la cólera no solo la aumenta sino que parece alterar sus propiedades.

Dejando al autor de un artículo publicado en la revis-

ta *The Lancet* del 14 de Julio de 1876, toda la responsabilidad, narraremos el hecho por él consignado. Un niño fue mordido por otro en un arranque furioso. Mientras el heridor no presentó ningún fenómeno, la víctima murió con síntomas análogos a los de la hidrofobia.

Los trastornos no se limitan a lo que hemos enumerado; puede suspender los loquios, la secreción láctea o producir el aborto, la supresión de las reglas y la manía aguda.

La historia nos ofrece también tristes ejemplos de muertes celebres bajo el influjo de esta pasión vergonzosa. Sila, Valentiniano e Isabel de Baviera. Se dice que el fatídico Marat tenía el pulso febril.

## TRISTEZA - NOSTALGIA

Son tan numerosas las contrariedades de la vida que cada año que trascurro va al pasar dejando en el fondo del carácter alguna ruda experiencia que fatalmente nos inclina a la reflexión.

A medida que se avanza en edad y de la indigencia intelectual de la infancia, se pasa a la juventud borrasca o a la madurez del juicio del adulto, se entra paulatinamente en la gravedad, vía meditación se impone como una ley al ánimo fatigado.

En verdad que son cortas las alegrías y amargos los recuerdos que dejan en pos de sí; que los dolores son más prolongados y numerosos que las horas de placer; que la vida moderna con exigencias múltiples crea mil necesidades difíciles, y que el recargo intelectual es inmenso y los afanes del espíritu ilustrado más inmensos todavía.

La tristeza es la pasión de las inteligencias cultas, que desarrolladas por el estudio se engolfan en la solución de los variados problemas que ofrecen a la mente la observación de la naturaleza y el estudio de las ciencias y del destino humano.

Semejante estado del carácter se pronuncia poca a poco y con especialidad en los seres enclenques y en los temperamentos nerviosos. Conduce al aislamiento y a la reserva, y suele manifestarse por hermosas concepciones literarias en los albores del genio.

Esta pasión en su desarrollo progresivo y cuando se hace intensa, constituye por sí una verdadera enfermedad, acompañada de síntomas numerosos y llamada comúnmente melancolía.

No se la debe confundir con la lipemania, pues los que padecen la afección moral que nos ocupa, tienen uso pleno de las facultades, conocen su estado adquirido por un cúmulo de deducciones lógicas, sacadas del estudio de las miserias propias y extrañas y constituyendo a menudo la desesperación de una gran alma.

Es cierto también que en muchos casos viene a inaugurar el primer período de la lipemania, cuando ideas depresivas trabajan por mucho tiempo un cerebro poco equilibrado, y es entonces imposible deslindar estas afecciones que forman una gradación natural en un proceso mórbido.

Pero nosotros excluimos esos casos y deseamos hablar solo de la tristeza suma, llevada a sus últimos límites.

Mal es este que se observa en las clases más elevadas de la sociedad, en individuos que por su jerarquía y su talento, son llamados a actuar en la vida tumultuosa de los negocios, de la política y del mando, y que tienen que correr las inseguridades de una posición obtenida por el azar y soportar los ataques de la rivalidad.

Las aspiraciones literarias y científicas defraudadas, el deseo del brillo y de la gloria no saciado, causan a menudo tal trastorno en el carácter que fatalmente le sume en el pesar.

Cuando la tristeza es profunda y súbita puede producir un abatimiento mental que llega hasta debilitar las facultades, como sucedió a Newton, cuando por ignorancia de una criada que arreglaba su escritorio, arrojó a la estufa varios apuntes importantes que resumían largos trabajos y estudios.

En el melancólico la apatía funcional es la regla; esta afección, según Bourdet, es una vaga enfermedad del sistema nervioso, que a pesar de las dificultades que ofrece su localización cree que se inicia en el cerebro.

El estómago es uno de los órganos más directamente lesionados. Sabemos desde los estudios de Beaumont hechos en un individuo con una fístula gástrica, los desórdenes que las emociones producen en la secreción de los jugos digestivos. La preocupación, la tristeza y otros estados análogos, son causas que la hacen disminuir. Y bien podemos atribuir a estos trastornos las malas digestiones producidas en los sujetos melancólicos, pues tenemos la firme creencia que la distracción de fuerza nerviosa en las emociones perjudica el funcionamiento de esta víscera. Teniendo esto presente podemos decir

que tanto se digiere con el cerebro como con el estómago.

Por este motivo son tan comunes las dispepsias temporales o definitivas que aquejan a menudo a individuos que por la clase de ocupación a que se dedican están sujetos a disgustos frecuentes.

El corazón sufre también en estos casos. En él repercuten todos los estados del ánimo y se hace centro de reflejos psíquicos para desalentarse en la tristeza, fenómeno que explica Peter, en un clásico aforismo, al decir que todo corazón físico está doblado por un corazón moral.

Los latidos son en el melancólico débiles e irregulares, lo que explica con claridad el descenso que puede observarse en la temperatura periférica.

Las secreciones disminuyen y las fuerzas musculares pierden gran parte de su potencia y de su energía por la debilidad del influjo nervioso. Estado bien apreciable por la actitud que asumen al marchar, con los brazos caídos, el paso inseguro y la frente inclinada.

Todos estos desórdenes van acompañados de perturbaciones nutritivas que se revelan por la palidez, el adelgazamiento y la demacración. Dependen, a no dudarlo, de una menor absorción, de una menor asimilación, de la inapetencia y de la dispepsia.

Hemos observado asimismo, que la mayor parte de

las personas que están bajo la influencia persistente de una idea depresiva, son constipados, lo cual atribuimos a una atonía intestinal.

Los melancólicos padecen también de variadas visceralgias; ya son dolores localizados en la región epigástrica, ya neuralgias en el trigémino o frecuentes hemicráneas que los atormentan.

A este cuadro desconsolador se agrega en la mayor parte de ellos desórdenes en el sueño, interrumpido y agitado por insomnios.

La tristeza postra de tal manera el cuerpo que le despoja de la fortaleza necesaria para el ejercicio regular de ciertas funciones. El sentimiento erótico permanece casi apagado y los deseos apenas acosan a estas naturalezas desgraciadas. Ciertas personas excesivamente sensibles, cuando los abate esta pasión sufren una impotencia temporal y quedan mientras están bajo su influencia inhabilitados para el comercio sexual.

Cuando la tristeza es intensa y prolongada suele producir un verdadero cambio en el carácter, que se vuelve hosco, irascible y violento; tampoco escapan las facultades intelectuales que disminuyen y se oscurecen.

El profesor Ball ha publicado en un número de la revista científica, titulada *L'encephale*, un notable trabajo sobre una afección mental que se observa con frecuencia grande, y que sin embargo no ha recibido ninguna designación especial por los alienistas, y que la llama torpeza del entendimiento.

Ella se produce a menudo por el pesar prolongado, por las decepciones y el abatimiento que acompañan a una brillante posición social, política o pecuniaria, que se pierde.

Se comprende la frecuencia de semejante enfermedad, si tenemos presente las numerosas causas semejantes a las mencionadas que día a día se acumulan en los grandes centros de población, donde es necesario desplegar una gran suma de habilidad y de talento, para llegar, abatiendo la competencia, a los puestos elevados.

El apego que muestra entonces el hombre por una posición legítimamente adquirida, las facilidades que le presenta para recorrer los caminos del placer, y la adulación que halaga su vanidad y su orgullo, son incentivos suficientes para cobrar cariño a un estado tal.

Nada más terrible en la vida que descender una vez que se ha gozado de las satisfacciones de las alturas, y ver que se desvanecen al caer en la desgracia todos los agasajos que le rodearon un día.

Causas son éstas que nos explican los hechos de talentos ayer robustos, debilitados casi súbitamente, y las esperanzas defraudadas que se fundaron en espíritus jóvenes que vienen a la vida llenos de promesas.

Pero dejemos estas digresiones para ocuparnos de los síntomas de la enfermedad descrita por Ball.

Entre los fenómenos que acompañan a tal estado, se nota debilidad en la memoria, postración en la inteligencia y laxitud en el juicio.

El espíritu es tardo y perezoso, son acometidos de debilidad en la voluntad y apenas se atreven a emprender

o a ejecutar una acción. Sobre semejante naufragio intelectual, se cierne la melancolía que se refleja sobre toda la individualidad moral.

Semejante estado no puede, bajo ningún concepto, confundirse con la lipemania, pues en la torpeza intelectual no existe la concepción delirante ni las ideas fijas, ni los sentidos están perturbados por alucinaciones, y faltan las impulsiones mórbidas.

Por otra parte, la tristeza que motiva esta afección, es justificada, es lógica.

Son pobres víctimas que han caído en las sombras de la estupidez, donde se ha replegado su espíritu, arrastrados por las preocupaciones e inquietudes que trae consigo la desgracia. La evolución del proceso que estudiamos es lenta y gradual, puede durar varios meses y aún años, y en ese lapso de tiempo van poco a poco apagándose las luces del espíritu. Esta afección puede curar, pero queda siempre un resabio caracterizado por el descenso de la inteligencia.

La histeria es frecuentemente ocasionada por las decepciones que experimentan ciertas mujeres al no encontrar en el matrimonio contraído las esperanzas que en él cifraron. Jacoud, en un hermoso artículo sobre esta materia, da la importancia debida a esta clase de etiología.

Peter enumera entre las causas más patentes de la tuberculosis adquirida, los disgustos, los pensamientos tristes y los terrores religiosos. Según él, la tuberculosis no consiste sino en la expresión material de la decadencia del ser físico, decadencia que puede ser adquirida por desórdenes en la nutrición.

Laënnec no conocía para explicar la tuberculosis causas más certeras que las pasiones tristes, y cita el ejemplo de una comunidad de religiosas que en zozobra constante por el destino de ultratumba, fue devastada por la tisis, a tal extremo de renovarse tres veces en el período de diez años.

Peter tiene la misma creencia y explica el origen de la tuberculosis en estos casos por la falta de apetito, los desórdenes digestivos y la insuficiente asimilación. Sabemos también que la mayor parte de los alienados melancólicos mueren de esta afección.

No se limitan a estos los trastornos de la emoción que examinamos. Agrava por sí, como otros estados de ánimo semejantes, el pronóstico de las enfermedades. Así se ven individuos que víctimas del desaliento son postrados por males relativamente pasajeros, y que en circunstancias diversas evolucionarían con rapidez hacia la curación.

¿Es posible morir de tristeza? Es verdad que esta pasión despierta numerosas enfermedades que de un modo consecutivo pueden traer un fin fatal. Lo que anteriormente hemos expuesto, apoya esta aseveración.

Pero la muerte aguda, casi súbita, como la produce el terror o la cólera, es más difícil de admitir; sin embargo, mencionaremos una anécdota que consigna el Dr. Tuke: un jefe de estación de los caminos de hierro de Italia, fue un día despertado por varias personas que le dieron el aviso que su estación había sido robada. La responsabilidad recaída sobre él y los grandes trastornos que ese hecho traía para su destino, le sumieron en una tristeza profunda de la cual nada consiguió levantarlo. Cayó inmediatamente enfermo y murió a las veinticuatro horas. Los síntomas fueron los siguientes: postración extrema, desórdenes digestivos, vómitos frecuentes, pulso débil, voz cavernosa; no perdió el conocimiento. El Dr. Loura, profesor de la Universidad de Turin, diagnosticó diciendo, que había muerto de tristeza. La Facultad de Boloña ratificó ese diagnóstico, y el gobierno acordó a la viuda una pensión para premiar así la alta idea que aquel hombre humilde tenía de su deber.

La tristeza asume también otra forma llamada nostalgia o mal del país. Este estado se observa en los individuos que por causas distintas se ven obligados a permanecer alejados del lugar donde nacieron. Está caracterizado por el deseo del retorno lleno de ideas melancólicas. En los ejércitos suele hacer esta pasión verdaderos estragos, así como en los estudiantes que se ausentan de su ciudad natal.

Se ha notado que esta emoción es más viva en los habitantes de los países agrestes, allí donde el clima y la producción son más ingratos, sentimiento tan desarrollado en los montañeses que les hace preferir las pobreza del terruño a las riquezas de las capitales.

En la antigüedad era la nostalgia más pronunciada que en los tiempos modernos donde el ostracismo era un castigo tan terrible como la pena de muerte.

El individuo víctima de la nostalgia se muestra huraño, no se aviene con las costumbres del nuevo país que habita, pierde el apetito, se siente débil, triste e inútil para el trabajo. Poco a poco hace progresos el mal; se enciende una fiebre lenta, el rostro se marchita, se demacra, la respiración disminuye, y si el proceso sigue y escapan a una enfermedad intercurrente mueren en el marasmo.

En los ejércitos se la ha visto reinar de un modo epidémico y acompañar a la disentería, al escorbuto y al tifus. ■